

jados de la facultad de electores. A esta conducta de los Papas debe Alemania la dicha de no haber sido aglomerada en una masa compacta, que á la verdad hubiera ostentado mayor pujanza en lo exterior; pero no hubiera producido en lo interior esa riqueza y variedad de cultura por las cuales se distingue la nacion alemana de todos los demas pueblos.

Ya lo veis: ese mismo juicioso protestante hace ver que no usurpaba Inocencio sino que evitaba la usurpacion y el despojo; que no tiranizaba sino que defendia la autonomia y la libertad de los Estados; que su justicia era igual para grandes y pequeños; pues que, dice el mismo historiador, «con igual severidad avocaba á su tribunal los negocios pequeños y los grandes cuando tocaban de cualquiera modo al noble destino, hácia el cual ha querido de nuevo el Criador llevar al hombre por la sangre de Cristo.» Su alma generosa alimentaba este pensamiento que fué tambien el de Gregorio VII y el de otros Pontífices: llevar la libertad y la civilizacion al Oriente por medio de las cruzadas. Oid como se indignaba al ver la molicie de los reyes. «Mi voz ha enronquecido á fuerza de gritar; mis ojos se han cansado; pero los príncipes prefieren entregarse á la disolucion y á la lujuria en brazos de sus concubinas, al encono y á la guerra unos contra otros; sin cuidarse del insulto hecho al Crucificado y de las burlas de sus enemigos.» (1)

Es fuerza concluir, aunque á la verdad me entristece esto; pero en los límites tan estrechos que me he trazado, en vano intentaria dar noticia de ese Pontificado de diez y ocho años de gloria.

Cerraré la defensa de este ilustre Pontífice, contra las calumnias de D. Juan Amador, con estas palabras de Receveur: «El Papa Inocencio III murió en Perosa el 16 de Julio de 1216. Por su celo, saber y firmeza de carácter, se le ha reputado con razon como uno de los Pontífices mas grandes que han ocupado la Silla de S. Pedro. Mateo Paris le acusa de ambicioso y avaricia; pero se desmiente esta acusacion con la resistencia que hizo aquel Papa á aceptar el Pontificado, y las medidas que tomó para reprimir la venalidad en la corte de Roma. Además, se ve en su vida, escri-

(1) Hurter. Histor. de Inoc.

ta por un autor contemporaneo, que vendió hasta la vagilla de plata para socorrer á los pobres.»

SIGLO XIV.

Bonifacio VIII.

Son veintiseis líneas solamente las que forman *el retrato* de Bonifacio VIII, hecho por el Sr. Amador; pero ¡oh admirable fecundidad de hombre! En tan estrecho *local* ha dado á luz de un solo parto TREINTA Y DOS hijos de su ingenio, TREINTA Y DOS injurias, acusaciones, calumnias, &c., &c. De todo hay en ese alumbramiento, con tal variedad y abundancia, que estoy verdaderamente estupefacto. Vamos examinando el origen de esos hijos para que sepamos si son legítimos ó espurios.

El origen de tales viboreznos ¡quién habia de creerlo! es Guillermo de Nogaret, el mismo que tengo la honra de presentar á los lectores. Supongo que pocos lo conocen, y voy con el permiso de todos á descubrir sus habilidades.

Fué allá cuando Dios queria, el *valeroso* aprehensor del Papa Bonifacio, por orden de su real amo Felipe el Hermoso, de quien tambien ya diré una palabra. El conde de Beaufort, francés, como Nogaret, lo recomienda en el tom. 4 de la Historia de los Papas, en estos términos: «Nogaret, el aprehensor del Papa, *caballero en leyes*, doctor en la mentira y la traicion, á quien no arredraba el oficio de espía ni de verdugo, fué nombrado por Felipe para apoderarse de la persona del Pontífice, y para que lo condujera á Leon, donde lo juzgaria un concilio. A Nogaret le fueron agregados tres hombres de la misma ralea para ejecutar esa tenebrosa expedicion, y lo fueron Juan Mouschet, tambien caballero, y dos doctores.»

Pero antes de seguir la historia de Nogaret, juzgo conveniente satisfacer el deseo de algun curioso que me estará preguntando cuál era la causa de esos *nobles manejos* de S. M. el Hermoso. Voy á responder. El Sr. Bonifacio VIII, al año de su Pontifica-

do, expidió la célebre bula *Clericis laicos*, en que prohibía, bajo la pena de excomunión *ipso facto*, reservada á los preladados seculares y regulares, pagar ningun tributo á los legos de las imposiciones que con cualquiera título se hicieran sin conocimiento de la Santa Sede. Felipe el Hermoso que necesitaba recursos para hacer la guerra al emperador, al rey de Inglaterra y al conde de Flandes, se consideró profundamente herido con esa bula, á pesar de las explicaciones que le hizo el Papa sobre el sentido de ella, y á pesar de que manifestó bien claramente por medio de sus legados que no tendria su efecto en Francia. No podia ni debia hacer mas el Papa. Pero las satisfacciones de Bonifacio, que habrian bastado á todo caballero, no contentaron al rencoroso Felipe; y ese y otros acontecimientos lo hicieron meditar la venganza mas ruin contra el Soberano Pontífice, bajando á este fin desde su alto trono hasta el lodo en que vivia nuestro caballero el de Nogaret.

Este para prestar un completo servicio á su señor, deja el puñal por la pluma y pone el grito en las nubes, acusando á Bonifacio de que ocupaba injustamente la Santa Sede, de hereje manifesto en varias clases de herejía, de simoniaco y de infinidad de crímenes enormes. Ese es Guillermo de Nogaret.

Las mismas calumnias repite hoy D. Juan Amador, y por eso dije que el verdadero padre de todo ese negociado, es el recomendable Nogaret.

Ahora oiga el Sr. Amador, el juicio que la historia ha formado sobre la conducta de este Pontífice: “Sus enemigos, dice Beaufort, le han calumniado hasta la última hora de su vida, y han supuesto que habia muerto *rabioso*: casi todos los escritores galicanos han repetido esta mentira. Lejos de haber padecido este género de muerte, digna de un réprobo, el gran Pontífice murió, segun la expresion de su contemporaneo Murat, estenuado de fatiga á fuerza de haber combatido por la fé verdadera.” (1)

Recuérdese que quien hace esos elogios es historiador galicano: ya se sabe lo que esto significa: los historiadores franceses son los enemigos de este Pontífice.

(1) Tom. IV. pág. 230.

Dante, gibelino, y por lo tanto enemigo de Bonifacio, á quien hace figurar en su célebre poema “El Infierno,” habla así en fuerza de la verdad y de la indignacion que le causaban los atentados de Felipe: “Yo veo al *flordelisado* entrar en Agnani y á Cristo preso en la persona de su Vicario: le veo otra vez mofado: veo renovar la hiel y vinagre; le veo morir entre dos ladrones vivos. Veo un nuevo Pilato tan cruel, que no está aun saciado y lleva al templo sus codiciosos deseos. ¡Oh mi soberano Señor! ¡Cuándo tendré yo la dicha de ser testigo de la venganza que, oculta en tus miradas secretas, satisface tu justa cólera!” (1)

Beaufort, dice tambien elocuentemente: [2] “Despues del Pontificado de Gregorio VII é Inocencio III, Bonifacio VIII presenta la faz mas importante del Papado en la Edad Media.... Nos parece que hay algo providencial en el modo con que están colocados estos ilustres génius en la serie de los siglos.... Bonifacio VIII combate por los antiguos principios y, como aquellos dos grandes Papas, combate por la verdad hasta el último instante de su vida. Mas el poder de los Pontífices decae con la edad media: los imperios se constituyen y afianzan y su oposicion es cada vez mas violenta. Se presiente ya la reforma y Lutero. Por eso la calumnia se encarniza mas con Bonifacio que con Gregorio VII é Inocencio III, y todavia carece de historia aquel grande hombre.”

Receveur, que juzga la conducta de Bonifacio con mas severidad que otros, dice: “No pueden negarse grandes prendas á Bonifacio. Era doctor en derecho: habia ejercido largo tiempo los empleos de abogado consistorial y notario apostólico, y se le habian encomendado varias legaciones importantes; de suerte que habia adquirido por todos estos méritos, grandes habilidades para gobernar; pero se le acusa de ambicion y avaricia.” (3)—Ya sabe el Sr. Amador quienes son sus acusadores.—

Ya lo ve vd., Sr. D. Juan, la historia inexorable ha pronunciado

(1) Purgat., Cant. XX. 86.

(2) Tom. IV., pág. 232.

(3) Tom. 4, pág. 205

su fallo, haciendo aparecer á este Pontífice, como un grande hombre, como un génio de su época, y ha dicho: “sus enemigos lo han calumniado hasta la última hora de su vida.”

Clemente V.

Está dominado el Sr. Amador enteramente por el espíritu de mentira: no salen de sus lábios mas que legiones de calumnias. Del Sr. Clemente V., entre mil cosas que es imposible recordar, dice que su eleccion fué *evidentemente simoniaca*.—No hay tal evidencia. Ese cuento de que este Papa antes de serlo se comprometió con Felipe el Hermoso á otorgarle *seis gracias* si lo hacia Pontífice, está contestado dias há por la crítica sensata. Oiga vd. á Receveur: “Esa historia que no tiene á penas otro fundamento que el testimonio de Villani, copiado por los demas historiadores; aparece desmentida por el decreto de eleccion que no hace mencion ninguna de tal compromiso; y al contrario, dice que fué elegido Beltran en escrutinio por las dos terceras partes de los cardenales y que los otros se reunieron por vía de accesion. Además, se hallan en las circunstancias de esta narracion, otros motivos para ponerla en duda, supuesto que se hace solicitar á Felipe el Hermoso la absolucion de la excomunion para sí y para sus parciales, lo cual le habia concedido ya Benedicto XI.” (1)

Dice tambien el *Despertador* que vivió Clemente V. en público amancebamiento con la condesa Perigord.

Esa vil calumnia tiene este origen. El Papa, por motivos de salud y de gobierno, determinó trasladarse por algun tiempo á Aviñon. El pueblo romano, ofendido por esto y por la preferencia con que el Papa veía á los franceses en la distribucion de las gracias pontificias, hizo lo que el populacho de todas partes en circunstancias análogas: propalar rumores injuriosos contra su soberano y atribuir la permanencia del Papa en Aviñon á un afecto

(1) Tom. IV., pág. 209.

ilícito á la condesa de Perigord, “y en esto, dice el historiador citado, severo é imparcial como el que mas, han escuchado menos la justicia que la preocupacion en este y en otros juicios adversos que han formado sobre algunos Papas nombrados durante aquella época.” [1]

Agrega el Sr. Amador, que rehabilitó Clemente la memoria de Bonifacio VIII, *porque estaba el mismo comprendido en el proceso*. Pero tiene muy mala memoria este Sr. Amador, y es inconsecuente consigo mismo, como todo el que sostiene una mala causa. ¿No acaba vd. de decir que habia dos facciones en Roma, una que trabajaba por la causa de Bonifacio, y otra adicta á los intereses de Francia, y que triunfó esta última faccion de la cual era el caudillo Clemente? Pues entonces ¿cómo *rehabilita á Bonifacio, porque estaba el mismo comprendido en el proceso?* ¿Si no era de la faccion de Bonifacio, sino su enemigo; por qué ahora aparecen los dos como cómplices de una misma causa, figurando en el mismo proceso? Lo que resulta de esa misma rehabilitacion de Bonifacio es la mayor gloria de éste; puesto que el mismo Papa Clemente, enemigo segun vd. de aquel, es quien le ensalza y declara su inocencia. Cuando un enemigo hace tal cosa, es necesario creer que fué obligado á ello por la misma fuerza de la verdad.

Por lo demas, bien pobre argumento es el que vd. forma del silencio de S. Antonino sobre las honrosas cualidades de este Pontífice.—¿Calló, eh? Lo sentimos ¿Pero no dijo nada malo de él? No. Entonces quedamos tranquilos.

Y por fin, muy poco nos importan los desahogos del Dante contra Clemente V. Si nosotros lo citamos al hablar de Bonifacio VIII., es porque gustamos mucho de las confesiones de adversarios. El Dante es un gran poeta á quien admiro; pero su autoridad en materia de historia no es de gran peso; y mas si se tiene presente que era gibelino, y muy particularmente que co-

(1) Tom. IV, pág. 219.

mo italiano participaba del injusto resentimiento y de la pasión popular contra Clemente V., por haber trasladado á Aviñon la Santa Sede.

Juan XXII.

Asegura el autor del *Despertador* que Juan XXII, tuvo tanto *atreimiento que se nombró á sí mismo Pontífice*.—Al que tiene la audacia de sentar tal especie, vamos á enseñarle lo que dice la historia “Al cabo de cuarenta dias de estar los cardenales en cónclave, el 7 de Agosto de 1316, eligieron por una voz á Jacobo de Euse, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de Juan XXII.” [1] “Algunos autores han escrito que encargado de hacer la eleccion por compromiso, se nombro á sí mismo Papa; pero este es un cuento desmentido por la carta circular que envió á los príncipes y obispos para participarles su eleccion; porque dice expresamente que habia sido elegido por el voto unánime de los cardenales. (2)

En seguida asienta D. Juan Amador, que Juan XXII superó en avaricia á su predecesor, inventando nuevos medios de exacciones para enriquecerse, y en confirmacion de tal cosa, inserta algunos artículos del arancel de dispensas que otorga la curia romana.

Acabamos de decir que gustamos mucho de confesiones de adversarios, y á cada paso se nos vienen á las manos, gracias á Dios. Juan M. Villani que zurció mil mentiras contra los Papas; Juan Villani que tiene todavia en estos dias aprovechados discípulos y pobres y desagradecidos plagiarios; Juan Villani, contemporaneo del Pontífice de que venimos hablando, se expresa así: “Fué modesto en su método de vida, sóbrio, mas aficionado á los manjares ordinarios que á los delicados; gastaba poco en su persona y casi todas las noches se levantaba á rezar el oficio y estudiar: decia

[1] Beaufort, tom. IV., pág. 247.

(2) Receveur, tom. IV., pág. 250.

misa casi todos los dias; daba audiencia con gusto y despachaba prontamente. Era colérico y se enfadaba con facilidad: era sábio y de ingenio penetrante, y magnánimo por las cosas grandes.” (1)

Estas confesiones deben caer sobre vd., Sr. Amador, como bomba de á placa.

En órden á los artículos de tasacion de derechos que tanto lo escandalizan, como no dice de dónde los copió, y como *el que hace un cesto hace ciento*, me hallo autorizado para decirle, y ando escaso; que por lo menos los desfiguró y los compuso como mejor le pareció, sino es que sea todo eso uno de sus embustes de costumbre. Sobre todo, el mas corto de vista conocerá que estas palabras: “*Observad cuidadosamente que este género de de gracias y dispensas no se concedan a los pobres, porque no teniendo con qué, no pueden ser consolados*”; esas palabras, digo, huelen á las palabras y á la redaccion que vd. usa, que trascienden, y en lo esbelto y en lo gracioso están descubriendo á su padre desde á tiro de ballesta. No redacta así la Curia romana: sea vd. menos torpe en sus ardidés.

Mas, en fin, no tiene duda que algunos negocios de los que se despachan en Roma, causan derechos, tanto en tiempo de Juan XXII, como en los del Sr. Pio IX, y esto no le parece bien al Sr. Amador. Ni él, ni otros, llevan á mal que todo secular que preste un servicio, tenga derecho á que se le retribuya de algun modo: si un abogado ó un médico cobran lo que es de costumbre, lo que les señala su arancel, ó lo que les da la gana, muy justo es, muy natural; pero si la Iglesia hace lo mismo ¡oh! entonces es muy malo, muy injusto, es una avaricia insaciable. ¡Cómo si no fuera una sociedad como cualquiera otra, que tiene su gobierno, sus oficinas, sus administradores, sus empleados, sus ministros, su culto! Los que la sirven no son espíritus que de nada de aquí abajo necesitan, ni la sirve nadie de balde. Ademas, óigalo bien el Sr. Amador: una gran parte de los derechos de dispensas que otorga la Curia romana y los obispados de todas partes, se desti-

(1) Cit. por Beauf., tom. IV., pág. 259.

na ¿sabe á qué? á objetos de beneficencia y de piedad, para socorro de los pobres y de los enfermos. Solo que la Iglesia nunca hace alarde de nada, ni trae siempre en los labios las palabras huecas de *filantropía, humanidad, caja de ahorros, &c.*, sino que pronuncia por lo bajo pura y simplemente la palabra *Caridad*.— Una última explicacion al Sr. Amador. La Curia romana, ó hablando con mas generalidad, la Iglesia, no cobra porque *valga tanto la dispensa*, y lo mismo digo de lo demas que causa derechos, como malamente lo entiende el Sr. Amador; nada hay en ella de venta; lo que pide y lo que se le da, no es el *precio* de ninguna cosa: es una oblation tasada por autoridad competente, con penas para el que pida mas ó exija con otro título.

Me he detenido en lo que llama el Sr. Amador *retrato* de Juan XXII mas de lo que yo queria, y para retirarme voy á hacer notar muy brevemente al retratista, que esa doctrina herética que dice profesó aquel Pontífice sobre la vision beatífica, *no la sostuvo ni la profesó*, sino que “la proponia á las escuelas como una duda, ó como una cuestion controvertible.” (1) Y para que nadie sospechara de su fé en lo futuro, él mismo dijo al morir: “Declaramos y protestamos formalmente que todo cuanto he hecho, alegado y propuesto en la controversia de la vision intuitiva, ha sido por *mera conversacion*, y sin intencion de afirmar ó definir cosa alguna.” [2]

Clemente VI.

Del Pontífice de quien dijo el célebre Petrarca que “nadie habia llevado jamas con mas justicia el nombre de Clemente;” (3) del hombre cuya pureza de costumbres, cuya instruccion, generosidad y celo, hablan los historiadores llenos de admiracion y respeto; del soberano que por su energía en corregir toda clase de

(1) Recev. tom. IV, pág. 291.

(2) Bercastel, tom. XVI, pág. 71.

(3) Cit. por Bercastel, tom. XVI, pág. 191.

abusos, ocupa dignamente un lugar junto á Gregorio VII, Alejandro é Inocencio III; de Clemente VI, en fin, ¿cómo no habia de hablar mal D. Juan Amador? ¿ni cómo nosotros á nuestra vez dejaríamos de compadecerlo y tenerle lástima? Lástima, sí, y no mas, me inspira quien ocurre á “*Las revelaciones de Santa Brígida* para contarnos que ella oyó de boca de Jesucristo que el Papa Clemente era asesino, judío, Judas, Pilato y Lucifer. ¿Qué diria vd., espíritu fuerte, filósofo que *nada acepta sin exámen, libre pensador* que no inclina su frente ni dobla la rodilla ante nadie; si yo, clérigo amigo del oscurantismo, saliera con mis pruebas tomadas de *Las Revelaciones de Santa Brígida*? Y no es que yo no respeto las revelaciones y los éxtasis de esa santa; pero hallo impropio por demas el traerlas á un trabajo histórico, donde no tiene lugar mas que la filosofía y la crítica. Cuando D. Juan Amador forma argumentos con Santa Brígida ¿cómo andaré su pobre moello? ¡Y siquiera fuera cierto que dijo tales lindezas la santa! ¡Ah! no pongais en los labios puros de ese ángel, esas palabras y esos insultos vuestros. Ya, que no sois católico, sed siquiera caballero.

Pero vengamos al Sr. Clemente VI. Hace mérito el Sr. Amador de un pasquin inmundo que Juan Visconti dirigió al Papa.— Confieso que no sé en qué pueda ofender un libelo á ningun hombre honrado: el que se oculta bajo el velo del anónimo para injuriar, no mancha, queda manchado. Y sin embargo, D. Juan Amador hace de ese pasquin una arma de ataque. La respuesta que se debe dar es la misma que dió el Sr. Clemente VI: se sonrió de eso con el mas profundo desden, y aun hizo mas, se vengó como se venga un cristiano y toda alma noble y generosa: no excomulgó á Visconti, como dice Amador: ya estaba excomulgado: le perdonó, le levantó las censuras, y le dió la investidura de Milan y de Bolonia. (1)

Por fin lo inculpa de que *se reservó la provision de todos los Estados eclesiásticos* (no entiendo), llevando las cosas hasta el

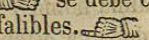
(1) Bercastel, tom. XVI, pág. 186.

punto de anular *todas* las elecciones canónicas hechas en su tiempo.

Lo que hay de verdad en esto es que, estando la Sicilia entredicha, se reservó por dos años la colacion de los obispados, abadías, prioratos, canongías y otros beneficios que vacasen. También hizo reservas en otros reinos, *no en todos*, como dice el *Despertador*, ni desechó *todas* sino algunas elecciones. [1]

Tampoco comprendo en qué pueda ofender eso al Sr. Clemente VI.—Gefe supremo de la Iglesia, como es; hallándose investido del primado de honor y jurisdiccion por el mismo Jesucristo, según lo demostré anteriormente, no hacia en esas reservas mas que ejercer un derecho, y las demas iglesias y las personas no cumplan mas que con un deber, obedeciendo. Y al obrar así Clemente no era por lujo de autoridad, sino por corregir abusos y poner un dique á la simonía y á las elecciones indignas. ¿Y no es esto lo que debe hacer todo gobernante que comprende su posicion?

Urbano V.

Temo que Dios me tome en cuenta el tiempo que mal gasto en ocuparme de ciertas ocurrencias de D. Juan Amador. Por ejemplo: no sé quien será mas culpable de los dos, si él escribiendo lo siguiente, ó yo contestándoselo. Al morir el Papa Urbano V, dice, protestó solemnemente que si antes de ser Pontífice habia creído, dicho ó enseñado alguna cosa contraria á la fé católica, hacia en aquel momento la retractacion mas formal, sometiéndose á la penitencia que le fuere impuesta por la Iglesia. Y como Juan XXII hizo lo mismo  se debe concluir de ahí que los mismos papas no se creían infalibles.

Lo que se debe concluir de ahí, Sr. Amador, es que me pesa haberme ocupado de su *Despertador*. ¿Pues á quien le ha oido decir que el Papa es infalible desde antes de ser Papa, desde que nace? ¿dónde ha aprendido que si el Pontífice habla, si platica, si se rie, platica, y habla y se rie infaliblemente?

(1) Recev tom. IV, pág. 310.

Pues y lo de la Papisa! ¿Volvemos á las andadas? ¿No ve vd. que *es peor meneallo?* ¡Oh! pero si otras tenemos: hoy dice vd. que este Papa se burló de tal majadería. Muy bien, Sr. Amador: me enagenan de contento las confesiones de adversarios, [son tres veces con esta que lo digo] aun las de adversarios como el *Despertador*.

Gregorio XI.

Hace esta observacion D. Juan Amador al *retratar* á este Pontífice. “El cisma de Occidente fué producido por la detestable ambicion de los papas, que les hacia creer que eran los obispos ecuménicos, ó universales, á pesar de la declaracion contraria de San Gregorio el Grande.”

No pueden decirse mas falsedades en tan pocas líneas. Desearia que el Sr. Amador me dijera en qué se funda para asegurar todo eso; pero ya se sabe que pedirle pruebas, es pedir peras al olmo. No fué *la detestable ambicion de los papas* la causa del cisma, sino, principalmente, *la detestable ambicion* de los anti-papas. Decir eso que asienta el Sr. Amador, es ignorar lastimosamente las mas claras nociones del derecho y de la justicia. Si el legítimo poseedor de una cosa, de una heredad, de un tesoro cualquiera, es asaltado por los bandoleros que codician lo que no tienen, ¿podrá decirse que *la detestable ambicion* de conservar lo suyo ó lo que le han encomendado, es la causa de que haya ladrones y de que estos cometan sus depredaciones? Eso sucede exactamente con los Pontífices y el cisma. Ellos no hacen mas que defender su buen derecho: los que quieren usurpárselo son los responsables de los males subsiguientes.—Pero, dirá el Sr. Amador: no sostienen su buen derecho: no son los Pontífices lo que dicen: obispos ecuménicos ó universales, y tanto que así lo confesó S. Gregorio el Grande.

Esta cuestion es la misma del primado de la Silla romana y ya la examiné antes: ahora nos queda lo de San Gregorio. ¿Y es

verdad que este ilustre Pontífice haya declarado que el obispo de Roma, no era mas que los demas obispos? No. Nunca declaró tal cosa. Lo que hizo fué llamarse, el primero, *Siervo de los siervos de Dios*, cuyo hermoso título usaron y usan todavia sus sucesores. Pero esto cualquiera ve que es muy distinto de declarar que no era mas que los otros obispos. Si á lo que suenan las palabras nos atuviéramos, seria declarar otra cosa, y es, que no solo era igual á los obispos, sino inferior á ellos, inferior á cualquier simple fiel: *Siervo de los siervos*. La humildad, Sr. Amador, del santo, no menoscaba en nada la dignidad del Pontífice. No porque un hombre quiera ser tenido por el último, lo es efectivamente. Un magistrado, un obispo, que no quiere que en lo privado le den el tratamiento que merece, no por eso lo renuncia oficialmente. Es entonces dos veces apreciable, y dos veces digno de su tratamiento y del poder que ejerce. La humildad levanta, no embajece, ni quita nada.

Pero oiga vd. una cosa que no espera: oiga vd. á San Gregorio, sosteniendo la primacia del Pontífice y reprendiendo á Juan el Ayunador, porque dió en la mania de llamarse patriarca universal. “¿Ignoras, le dice, que el Concilio de Calcedonia, concedió este honor á los obispos de Roma, dándoles el nombre de *Pontífices universales*?” (1)

Y ahora hé aquí lo que Cesar Cantú dice hablando de Gregorio XI: “Fué un Pontífice modesto, virtuoso, sabio y liberal.” (2)

Urbano VI.

Jamas habia oido raciocinar tan torpemente como raciocina D. Juan Amador. ¡Jesus, esto es atroz! Oigámoslo y pidamos á Dios por él. “Si el Espíritu Santo, dice, interviniera en la eleccion de los Papas, jamas hubiera cismas.”—Eso, que ha repetido millones de veces, ya está contestado hasta el fastidio.—Adelante

(1) Bercastel, t. VIII p. 81.

(2) Hist. Univers. t. III p. 881.

“Y los supremos gefes de la Iglesia habrian sido cada vez mas santos: semejante aserto (el de que el Espíritu Santo interviene en la eleccion de los Papas) acusaria al mismo Dios de *impotencia, saber y bondad*.”

¿Se ha oido cosa igual? Seria Dios acusado de impotencia y ademas (oigase bien) *de saber y de bondad*. Pues ya se vé! ¡Cómo habia de ser Dios, un Dios sabio y bueno!

Y ahora ¿por qué quiere vd. que si el Espíritu Santo interviene en la eleccion de los Papas, estos han de ser cada vez mas santos? Pues si en la eleccion se trata no mas que de la eleccion, no de la santificacion.

Pero, objetará el Sr. Amador, ¿cómo no ha de ser un Papa santo, si lo elige el Espíritu Santo? Porque, no tiene duda, hay algunos Papas, que no solo no fueron santos, sino que fueron malos.

Le he ilado á vd. su argumento lo mejor que puede ilar-se. ¿Qué se responde? Que los católicos sostenemos que Dios asiste, y si vd. quiere, elige al Pontífice; pero que el hombre sigue hombre como siempre: que en los asuntos de fé y de costumbres, Dios ilumina su entendimiento; pero su corazon puede permanecer carnal y hasta culpable. Y esto no lo sorprenda no es una cosa que solo tiene lugar en el Pontificado. ¿No sabe vd. que hubo un profeta malo que anunció cosas buenas? ¿no se le alcanza á vd. que Dios bien puede valerse de instrumentos viles para cosas grandes? ¿qué bien puede hacer correr el agua mas pura por un canal de barro?

Dice vd., ademas, de Urbano VI, que era *orgullosa, violento, audaz, perverso*, todo lo que vd. usa decir sin probarlo: bueno es hacerlo constar frecuentemente: Fleury va á contestarle. “Fué doctor famoso en derecho canónico, humilde, devoto, desinteresado, gran enemigo de la simonía y celoso por la castidad y la justicia; pero se apoyaba demasiado en su prudencia y daba oídos á los lisongeros. Llevaba cilicio de dia y de noche, y ayunaba el adviento y desde sexagésima, ademas de los ayunos de obligacion. Todas las noches despues que se acostaba hacia que le leyeran la Biblia hasta que se durmiese y no perdía nunca tiempo.” (1)

(1) Fleury, t. XX